

ARTICULO DECIMOSEPTIMO.

EL PASADO, EL PRESENTE Y
EL PORVENIR.

DISCURSO pronunciado por su autor en la solemne distribución de premios, hecha por el Señor Presidente de la República á los alumnos de las Escuelas Nacionales primarias de México, el día 5 de Febrero de 1896.

Señor Presidente:

Señores:

Pensar en el pasado, es traspasar sin objeto los umbrales de la historia; pensar en el futuro, es lanzarse en pos de la ilusión y la utopía; pensar en el presente, es plantear y resolver el difícil problema de la vida.

He aquí condensados en síntesis suprema, los levantados ideales de la ciencia moderna. Mas vosotros me diréis, ¿y por qué? La ciencia responde sin preocupación: porque el ayer, representa una humanidad extinguida ya, sin cohesión social, y por consiguiente disueltas sus fuerzas para distribuirse atómicamente entre nosotros. El mañana, es apenas una creación de nuestra mente, es una humanidad en germen, cuyo embrión sin desarrollo somos nosotros. El hoy, es una humanidad real, tangible, positiva, que vive y se agita,

impresionando claramente nuestros sentidos; esa humanidad, señores, la formamos también todos nosotros. Ahora bien, ¿qué pueden temer los exclusivistas, respecto de esta teoría netamente científica? ¿piensan acaso que se denigra la Historia, que se combate la Filosofía y que sólo se ensalza la Política? No, señores exclusivistas, reflexionad un momento, y cuando vuestros temores se hayan disipado á la luz refulgente de la verdad, entonces, estoy seguro, abandonaréis vuestra bandera y os pasaréis satisfechos y convictos á las filas en donde se ostenta majestuoso el regio pabellón que sirve de estandarte á los campeones que proclaman el "evolucionismo" moderno, como la expresión más evidente del progreso humano. Y en efecto, aquella humanidad que sirve de tema á la historia, no es otra cosa que el humus latente y fertilizador que, al nutrir é impregnar nuestros organismos, nos deja circulando en ellos los gérmenes de todas sus virtudes, pero también deja escapar algunos gérmenes patógenos, que son la causa permanente y virulenta del vicio en todos los pueblos de la tierra. Por eso nuestros antepasados no han muerto todavía, ni morirán nunca, viven en nosotros, son nuestros padres, nos han legado su herencia, y esa herencia, cada vez más opulenta, es transmisible hasta el final agotamiento del planeta. Hasta aquí los amigos del pasado.

Los amigos del porvenir son aún más visionarios, edifican sobre arena, otros en el éter y muchos se quedan flotando en el vacío. Son siempre soñadores, eternos utopistas, sacrifican su imaginación hasta romperla, y cuando la han destrozado del todo, creen haber llegado á contemplar su ideal, lo ven muy de cerca y súbitamente quieren transformar de un solo golpe al ser humano en espíritu alado, capaz de colocarse en el

último peldaño del ideal y llegar bien pronto á la suma perfección.

Pero ¿y á qué os conduce soñar tanto? ¿es posible saborear hoy el fruto del árbol cuya semilla apenas ayer hemos sembrado? Evidentemente no; la humanidad del porvenir no podemos concebirla, no podemos comprenderla, somos muy pequeños para aspirar á dirigirla. Nuestros consejos equivaldrían á los consejos de un párvulo á su maestro. Y si esto es exacto, ¿para qué emplear nuestro tiempo inútilmente en sueños imposibles?

Decididamente, señores, la humanidad del pasado y la humanidad del porvenir, están ambas comprendidas en la humanidad del presente; la primera nos sirve hoy de abono fértil y fecundo, la segunda la tenemos ya nosotros en embrión y la tercera está creciendo, y en su mayor parte se manifiesta fresca, robusta y lozana en la juventud que tenéis aquí delante.

Está, pues, definido el punto objetivo y culminante hacia donde deben converger todas nuestras aspiraciones, todas nuestras tendencias, todas nuestras energías; tenemos ya la planta, el futuro árbol sociológico, estamos obligados por la naturaleza á cultivarlo, á alimentarlo y á nutrirlo convenientemente. Por la raíz absorberá el humano y fecundante limo del pasado; cuidemos nosotros de que no circule en su tallo el virus venenoso del mal y del error; pero si esto nos fuere imposible evitarlo, depositemos en él por medio de la educación, nuevos y saludables gérmenes que destruyan á aquél y lo aniquilen. Procuremos en seguida darle á esa planta toda la luz que necesita, evitando su ahilamiento; hagamos que sus hojas respiren una atmósfera transparente, límpida y pura, impregnada de todos los elementos de progreso individual y social

que nos vienen de otras regiones mucho más fértiles y más fércas que la nuestra. Sólo así es como lograremos fundir en el presente, y sin menospreciar nada, los restos del pasado y los gérmenes del porvenir.

Por fortuna, señores, nuestra herencia nacional, pobre y modesta, no merece que nadie la desprecie. Nuestros aborígenes prominentes nos legaron dignidad, honra y patriotismo; nuestros conquistadores nos dejaron altanería, preocupaciones y vicios; el tiempo nos ha purificado haciendo surgir de esa mezcla heterogénea los hombres del siglo XIX, que son los creadores y sostenedores de nuestra nacionalidad mexicana.

Mas si nuestra herencia ha sido insuficiente, nuestro medio en cambio es excelente, estamos en contacto con todos los pueblos más cultos del globo, comenzamos á asimilarnos su civilización y su cultura. Nuestro país en su período de paz, presenta hoy un vigoroso estado de cohesión social, cuyo núcleo ó centro lo ocupa el actual Jefe de Estado, Señor General Porfirio Díaz.

El magisterio de instrucción primaria educando á la juventud, coadyuva con él en su obra magna de organización nacional; estemos seguros que nuestros hijos, los ciudadanos del porvenir, recibirán como herencia imperecedera, todas sus grandes virtudes, y ellas servirán más tarde de base y de sostén á la felicidad futura de la Patria.

México, 1896.

ARTICULO DECIMOCTAVO.

EL ALIMENTO Y LA EDUCACION.

En la vida de las plantas se ha observado que el mejor fruto que puede cosecharse es el producido por la mejor planta, la más desarrollada, la más lozana, la que ha tenido todas las condiciones de nutrición; en una palabra: la que mejor ha sido cultivada.

Los agricultores saben muy bien que la semilla ó sea el embrión vegetal, siendo bueno, completamente sano, bastante desarrollado y en extremo nutrido, contiene en germen toda la vitalidad de la planta, y que puesto en condiciones favorables, podrá germinar y producir un individuo vegetal semejante al de que procede. Y en efecto, un mal embrión, sembrado en mala tierra y sin ningún cultivo, no prosperará jamás, y si acaso germinara, se obtendría una planta raquílica, degenerada, incapaz de todo desarrollo y mucho menos de producir un fruto. Pero si ese embrión malo se deposita en buena tierra y además se le cultiva, podrá obtenerse, si no una planta suprema, sí una mediana y capaz de producir algo. Del mismo modo, un embrión mediano, en buena tierra daría una planta buena y capaz de producir mejores frutos; pero el ideal